

pagas, á lo mejor, ó á lo peor, se alborotaban desafortunadamente, y habia que practicar mil diligencias incommódissimas para aquietarlos; en el dia toda aquella turba está reducida á unas quantas docenillas de esqueletos cabizbajos y exánimes, sin que les pueda ocurrir la travesura de ir con alaridos amenazadores á interrumpir á los Gefes su regaladísima siesta, que debe ser el obgeto capital de las atenciones del Gobierno.

La generosa *Indolencia* sabe contentarse con la posesion de los peñascos aridísimos, y verdaderamente africanos, de Velez, Melilla y Alhucemas, dexando las fortalezas que pudieran dar algun cuidado, como las de Alicante y Certagena, al cargo de forasteros, que harán cumplidísimamente nuestras veces.

Aunque haya en las clases medias oficiales de todo desempeño para el mando superior, se les debe dexar en sus destinos subalternos y *anti-geniales*, pues no faltaba más sino que el Gobierno perdiere el tiempo en buscar con una linterna á los Generales que allá á ciegas formó la naturaleza, sin que ellos se hayan sabido hacer adelante, empezando y elevando su carrera en el alcázar de la sabiduría, como lo era seguramente la mansion augusta del inmortal estremeño.

Tampoco hay para que esmerarse en la eleccion de los principales empleados, ni mucho menos escrupulizar en los deslicillos de su conducta, hasta el punto de re-residenciarlos quando llega la hora de su despedida (pues al cabo este es el paradero de todo lo humano) por mas que clamen y enronquezan algunos rigoristas, que por supuesto son unos delirantes reñatados. ¿A qué fin, por exemplo, meterse ahora en si fueron blancos, verdes ó negros los quatro bultos y un Militar de la Regencia pasada? Allá se las hayan, con su pan se lo coman, pues el andarnos todos los dias con dimes y diretes, sería nunca acabar.

Por otra parte, veo con entrañable quebranto, que hemos procedido á ciegas, y por consiguiente hemos erra-